

# CONTINUIDAD CULTURAL DE LATINOAMERICA

Teniente de Fragata (R) Miguel A. Groube



**A** modo de introducción, es conveniente considerar que el hombre ha superado, en calendarios personales y colectivos, fechas que obligan a detenerse y a reflexionar sobre nuestro lugar en el tiempo y nuestra inserción en la historia. Comparamos las primeras fechas con el resto de la humanidad. En el nuevo mundo, más de quinientos años después de Colón, no podemos negar que hubo y hay pocos alimentos y poca justicia. Esta injusticia, esta insatisfacción nos obliga a preguntarnos: en 2025, ¿tenemos algo para celebrar? La respuesta parece negativa si observamos del Río Bravo a la Tierra del Fuego, en grados diversos, los estragos de la inflación y el desempleo, los índices decrecientes del ahorro, la productividad, los salarios y las esperanzas.

Estamos en un nuevo siglo y en un nuevo milenio. Dejamos atrás el siglo xx, que fue una época de grandezas, servidumbres e importantes conflictos, en la cual estuvimos insertados con sus múltiples pasados. Fue una hazaña de la imaginación renacentista, como dijo hace tiempo el historiador español José Antonio Maravall. Las segundas fechas nos indican que, en la sociedad que formamos, la mayoría de las frágiles instituciones políticas de los países iberoamericanos se ven amenazadas por las crisis de las cuatro «des»: desarrollo, deuda, droga y democracia. En estas circunstancias, reiterando la pregunta: ¿hay algo para celebrar?, se diría que, a pesar de todo, sí lo hay. Tenemos la ocasión y el derecho de celebrar todos los años la continuidad cultural de Iberoamérica.

En medio de los desastres económicos, a pesar de la fragmentación política y en flagrante contraste con todos ellos, el hombre creó la cultura y, al mismo tiempo, estuvo siendo creado por ella. Esa cultura se impuso como el hecho más cierto y positivo de la vida que creamos juntos los descendientes de indígenas, negros y europeos en nuestro continente de habla española y portuguesa. La crisis ha tenido varios aspectos positivos y negativos: nos hemos dado cuenta de que ha sido una crisis de crecimiento explosivo y desordenado de la población y de la vida urbana de la sociedad civil, con todas sus energías, sus exigencias y sus contradicciones.

Estamos en el tercer milenio DC y, más allá del quinto centenario desde el descubrimiento de América, en una población que ha crecido enormemente y que ya ha superado desde el año dos mil la de los Estados Unidos de América. Es joven, la mitad tiene veinte años o menos, está ansiosa por obtener educación, servicios sociales y de salud, libertad política, una economía de mercado y empleo para 2025. Sin embargo, ninguno de los sistemas políticos o económicos prevalecientes en Latinoamérica ha sido capaz de darles lo que merecen.

En primer término, a veces tuvimos justicia social, con o sin desarrollo económico, o desarrollo económico, pero sin justicia social. Es hora de unir los tres valores: crecimiento económico con justicia social y con democracia política.

Por ello, en segundo término, también hemos asistido al derrumbe de muchas teorías políticas y esquemas económicos que poco o nada tenían que ver con nuestros problemas reales. Sin embargo, en medio de estos desarreglos, algo se mantuvo en pie: la cultura que a lo largo de estos más de cinco siglos hemos logrado construir en Latinoamérica. Su aparición como protagonista de la vida en nuestros países estaba aparejada al surgimiento de la sociedad civil como creadora y exportadora de aquella. Hay conciencia de que hemos visto lo peor de nosotros mismos, pero también lo mejor. Hemos visto una continuidad extraordinaria, que va desde la memoria de piedra de Machu Pichu hasta la incorporación del mundo aborígen al mundo cristiano de San Lorenzo de Potosí. Somos testigos de la presencia actual de las formas indígenas en Rufino Tamayo y de las formas africanas en Wilfredo Lam. Reconocimos la continuidad de viejos vínculos en la legalidad agraria. Tuvimos testigos de la perseverancia de la tradición romana en la vida del derecho urbano. Conocemos la continuidad de los mitos indígenas en la obra de Miguel Ángel Asturias, de los mitos judeo-musulmanes en la obra de Jorge Luis Borges o de los renacentistas en las

El Teniente de Fragata Miguel A. Groube se graduó de Guardiamarina, Escalafón Naval, en diciembre de 1957.

Prestó servicios en buques de la Armada.

Culminó la carrera de Ingeniero Naval y Mecánico en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires.

Pasó a retiro voluntario en febrero de 1967.

Condujo reparaciones en unidades navales y en flotas privadas.

Ejerció la docencia universitaria como Director Adjunto de la carrera de Ingeniería Naval del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA).

Página anterior, *Juanito dormido*, de Antonio Berni, collage de aceite, madera, papel maché, estopa de algodón, latas rotas, chatarra, plástico, grapas y clavos sobre madera contrachapada, 1974, Sotheby's.

novelas de Alejo Carpentier, del Inca Garcilaso a Gabriel García Márquez, de Sor Juana Inés de la Cruz a Pablo Neruda, de Machado de Assis a Julio Cortázar, etc.

Hemos sido capaces de crear una cultura fluida, continua y duradera. En ella, cada uno de nosotros puede descubrirse y reconocer a los demás creadores. La crisis que nos empobreció económicamente también puso en nuestras manos aquellos valores y nos permitió darnos cuenta de que todos y cada uno participamos de pleno derecho en los aspectos de nuestro patrimonio cultural, policultural y multirracial. Pocas culturas del mundo poseen una continuidad comparable. Por ello, precisamente, resulta más dramática la ausencia de un reconocimiento seguido de una acción común en el campo de la política y de la economía.

No hemos sido hábiles para trasladar la riqueza y la continuidad cultural a un desarrollo económico y a una imaginación política comparables. La poesía de Sor Juana, conjuntamente con varios más, constituyen hechos estéticos suficientes: no reclaman en sí mismos respuestas económicas o políticas, pero sí indican modos de ser, maneras de pensar, de vivir, de vestir, de comer, de amar, de cantar, de hablar, de soñar, de moverse, de luchar. Son hechos culturales que simbolizan y que conjugan toda una manera de ser y de estar. La cultura es la manera que cada uno tiene de dar respuesta a los desafíos de su vida. Una novela de Luisa Valenzuela o de Fernando Del Paso, una composición musical —sea de Heitor Villalobos o de Ruben Blades— nos dicen: así somos, esto podemos hacer, esto nos falta por hacer y esto quisiéramos ser y hacer.

La falta de una correspondencia entre esa unidad cultural y la fragmentación política y económica de Latinoamérica es preocupante, porque indican una incapacidad y un vacío. No hemos logrado unir unas y otras comunidades, porque con demasiada frecuencia hemos utilizado o impuesto modelos de desarrollo escasamente relacionados con la realidad cultural. La cultura puede, por ella misma, devolvernos una necesaria visión de las coincidencias reales de la vida que vivimos con la política y con la economía, pues la cultura es creada por quienes la hacen. Es decir, nosotros mismos, los ciudadanos, los miembros de la sociedad civil.

Tradicionalmente, nuestras sociedades han sido organizadas desde arriba y desde el centro. Esto es cierto tanto en el imperio español como en los pueblos indígenas. La desaparición del español creó un vacío llenado por los tiranos (por ejemplo, el Dr. Francia) y un desafío de los Estados nacionales (Bartolomé Mitre, Benito Juárez), en las pugnas por crear Estados nacionales en contra de golpes militares, intervenciones extranjeras y anacronismos de poder religioso y caciquismo en medio de movimientos de masa y elecciones, procesos de evolución y también de revolución; gracias, asimismo a la creación, por los Estados antes inexistentes, de comunicaciones, escuelas, hospitales, etc. Las sociedades civiles, gracias a todo esto, se han venido forjando, a menudo en la adversidad, pero también en la certeza de ser las portadoras y las creadoras de la continuidad cultural del hemisferio.

Sindicatos y cooperativas agrarias, organizaciones empresariales, burocracias y tecnocracias, grupos femeninos, asociaciones de barrios, universidades, medios de información, intelectuales, estudiantes, todo ese abanico de la sociedad civil es hoy la realidad más dinámica de estos pueblos.

Su novedad es que se mueve desde abajo y desde la periferia y ya no desde arriba y desde el centro. Su dinámica consiste en que rebasa no solo los poderes tradicionales, centralizadores, sino los propios partidos políticos vistos, a menudo, como poco representativos de la diversidad social. El peligro de nuestras sociedades es que no tengan tiempo ni organización suficiente para dar respuestas concretas, locales y americanas. Tampoco a los veloces desafíos de la modernidad: comunicación instantánea, integración económica mundial y avance tecnológico acelerado. Son estas las cartas con las que debemos presentarnos en este tiempo, no a celebrar, sino a reflexionar. Ver el pasado como un prolongado acto criminal o como una hazaña civilizadora y evangelizadora. No debemos convertirnos en estatuas de sal, no podemos tampoco ser nuestros propios verdugos contemporáneos. No cumplamos la tarea

No hemos sido hábiles para trasladar la riqueza y la continuidad cultural a un desarrollo económico y a una imaginación política comparables.

de fiscales que nuestros críticos históricos, con consumada hipocresía, vienen ejerciendo desde hace más de cinco siglos para cargar sobre nuestras espaldas crímenes de los que a ellos nadie los ha absuelto, salvo, nuestro masoquismo.

Todos nosotros hemos nacido de los hechos del pasado. Somos lo que somos, porque juntos hicimos la cultura que nos une: india, europea, africana y, sobre todo, mestiza. Una cultura que invocó la naturaleza y los problemas del mundo en el siglo XXI. El mundo por venir será como lo ha sido el nuestro, un mundo de mestizaje, un mundo de migraciones, pero esta vez, no en carabelas, sino en *jets*. Todos en las Américas llegamos de otra parte. Desde los primeros hombres y mujeres que cruzaron el estrecho de Bering hace más de 30 000 años hasta el último trabajador migratorio que cruzó anoche la frontera entre México y los Estados Unidos, pasando por esos ilustres indocumentados, los puritanos ingleses que desembarcaron en 1620 en Massachusetts, sin visas.

También nos enfrentamos, hace más de 500 años, al problema del otro: el encuentro con hombres y mujeres diferentes, de otra raza, de otra cultura. Este fenómeno se repite hoy, a escala mundial, de Nueva York a Los Ángeles, de Londres a Berlín y de París a Nápoles. En el siglo XXI, estamos viendo migraciones en masa de oriente a occidente y de sur a norte. Este será uno de los grandes temas del siglo. Espero que el inmigrante moderno encuentre a sus padres y sea defendido, como lo hicieron Bartolomé de las Casas y Francisco de Vitoria y tantos otros. Los pueblos de Iberia y de América han sido grandes cuando practicaron una cultura de inclusiones. El saldo más importante de estos más de quinientos años nos permitirá, si los comprendemos y los sabemos utilizar, actuar responsablemente, adentro y afuera. Adentro de nuestros propios países para acercarnos a la coincidencia de instituciones y sociedades, con el propósito de reanudar el desarrollo, pero esta vez con condición económica y democracia política. Muchos años después de Colón, nuestros países no reclaman menos: desarrollo con justicia y democracia política. El nuevo mundo ibérico tiene la fuerza cultural suficiente para abrirse sin pena y abrazar todas las culturas del mundo angloamericano o la que sea.

Hay un mundo después del quinto centenario que es crisis y desafíos descomunales en todos los órdenes, y si ese mundo nos encuentra desunidos, nos vencerá en nombre de lo que nosotros no somos. Tenemos mucho que darle al porvenir a condición de que no nos paralicemos, ni en la pura celebración ni en la pura autoflagelación. Entre la beatitud festiva y el masoquismo del ministerio público. La América indígena, africana e ibérica tiene la oportunidad moderna de restaurar un mínimo sentimiento trágico de la vida. Ni utopía ni apocalipsis, sino la vida en la tensión entre valores alternativos y visiones competitivas. En el mundo no somos libres, porque moriremos. Solo la cultura que es amor y amistad, recreación y crítica asegura la continuidad de la vida, a pesar de la inevitabilidad de la muerte. Por ello, el tema cultural será el gran desafío del siglo XXI. El encuentro con la multiplicidad de las civilizaciones y políticas y economías que en esa circunstancia se generen. Hemos hablado del tiempo y de las maneras como lo vivimos. Puede ser muy diferente para distintos pueblos. En el occidente, entiendo que la más perfecta definición del tiempo la dio Platón en el *Timeo*, cuando dijo que «el tiempo es la imagen móvil de la eternidad». Sepamos en 2024, y en las épocas que vendrán, respetar las pausas del tiempo y animar la pluralidad de nuestras culturas para que se reflejen en las instituciones públicas. Por ello, el tema cultural será el gran tema del siglo, es decir, un encuentro con la multiplicidad de las civilizaciones y políticas y economías que de él nazcan. Cuando hablamos de Colón y de nuestro tiempo, estamos hablando de las maneras en que lo vivimos.

Finalmente, busquemos influenciar los vaivenes de la época sin anular su movimiento. También la pluralidad de nuestras culturas para que se refleje en nuestras instituciones y les den vigor, sustancia y justicia. Pero sepamos, ante todo, ir más allá del descubrimiento o del encuentro, a la imaginación de la América inacabada, incumplida y desafiante. ■

Todos nosotros hemos nacido de los hechos del pasado. Somos lo que somos, porque juntos hicimos la cultura que nos une: india, europea, africana y, sobre todo, mestiza. Una cultura que invocó la naturaleza y los problemas del mundo en el siglo XXI.

#### LECTURAS:

CRISTÓBAL COLÓN, Fernando Benítez

CARTAS A LA REINA, Cristóbal Colón

EXPERIENCIA COLONIAL DE AMÉRICA,  
Bárbara y Stanley Stang

TIMEO, Platón